

 **REY
DESNUDO** 
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Raffensperger, Christian: *Reimagining Europe. Kievan Rus' in the Medieval World*, Cambridge, MA., Harvard University Press, 2012.

Adrián Viale

Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne

adrian.viale@univ-paris1.fr

En 1889, en el prefacio de su extraordinario *A History of the Later Roman Empire. From Arcadius to Irene*, el historiador John Bagnell Bury escribía:

Ningún periodo en la historia ha sido tan oscurecido por títulos incorrectos y engañosos como el periodo del Imperio Romano tardío. Es, creo, más a causa de nombres impropios de lo que uno al principio podría admitir, que la importancia de este periodo es tan constantemente incomprendida y su naturaleza tan a menudo mal representada. El primer paso para entender la historia de esas centurias a través de las cuales el mundo antiguo evolucionó hacia el moderno, es comprender el hecho de que el viejo Imperio Romano no cesó de existir hasta el año 1453. La línea de emperadores romanos siguió en sucesión continua desde Octavio Augusto a Constantino Paleólogo.

Ahora, este hecho esencial ha sido oscurecido, tanto como el lenguaje puede oscurecer, al aplicar el término “bizantino” o el nombre “griego” al Imperio en estas etapas tardías. Los historiadores que usan la frase “Imperio Bizantino” no son muy consistentes o muy precisos en cuanto a la fecha en la cual el “Imperio Romano” termina y el “Imperio Bizantino” comienza (...) Todas estas demarcaciones son arbitrarias. Ningún “Imperio Bizantino” comenzó nunca a existir: el Imperio Romano no llegó a su fin hasta 1453.¹

Lo que Bury intentaba destacar en este texto de 1889 (mientras explicaba el título de su li-

¹ Bury, John Bagnall: *A History of the Later Roman Empire. From Arcadius to Irene (395 A.D. to. 800 A.D.)*, Londres, Macmillan, 1889, Vol. 1, p. V. Tanto esta traducción, como las del libro reseñado, son propias.

bro) era un hecho obvio de la historia posclásica, que sin embargo muchos historiadores parecían no comprender. El Imperio Romano de la Alta Edad Media (al que podemos llamar “Bizantino” por comodidad, y aún a despecho de las palabras de Bury, siempre que sepamos a qué nos referimos) era el poder político, económico y cultural más importante de su tiempo. El apelativo “Bizantino”, al que Bury ataca, lo condenaba sin embargo a un aislamiento historiográfico, apartado de los reinos medievales de la Europa occidental, preferidos por sus pretendidos descendientes contemporáneos.

Estas palabras de Bury no parecen haber tenido una fuerte incidencia en la conformación de los diferentes campos de la disciplina historiográfica durante el siglo XX, que vio la profundización de dos mundos separados, rara vez en contacto: el medievalismo y el bizantinismo. Sin embargo, sería muy difícil hoy discutir con la apreciación que Bury realiza de esta época histórica. No solo porque la importancia del Imperio Romano tardío —Bizancio— es fácilmente comprobable, sino por la ayuda que para esta visión tuvo el surgimiento de un campo disciplinario que enfrentó esta cuestión a partir de una nueva conceptualización: la “Antigüedad Tardía”, en la que Constantinopla ocupa un lugar central. Que este lugar destacado del Imperio Bizantino en la escena internacional continuaría durante la Edad Media Central es el principal aspecto que intenta demostrar el libro reseñado aquí.

El libro de Christian Raffensperger intenta desde su mismo título reimaginar esta etapa de la historia europea. Pretende hacerlo tomando como estudio de caso la historia de la Rus' de Kiev, pero sus conclusiones apuntan a una mejor comprensión del escenario europeo en su conjunto. Para presentar su teoría, Raffensperger elige discutir con un trabajo clásico del bizantinismo contemporáneo: *The Byzantine Commonwealth*, publicado por Dimitri Obolensky en el año 1971.² En este libro podía observarse, a partir de la existencia propiamente dicha de esta *Commonwealth* bizantina, la influencia que Bizancio había ejercido sobre los diferentes reinos eslavos medievales (una visión que en aquel contexto se contraponía a la negación de esta influencia por parte de la historiografía soviética de posguerra).

2 Obolensky, Dimitri: *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1971.

Raffensperger no está por completo en desacuerdo con las teorías de Obolensky,³ pero elige modificar su conceptualización, cambiando el concepto de “Byzantine Commonwealth” por el de “Byzantine Ideal”, una acepción más general que permite visualizar la existencia de una apropiación de diversos elementos bizantinos por parte de otras culturas sin que necesariamente coexistan con un claro dominio político o económico por parte de Constantinopla.⁴ A este “ideal bizantino” dedica Raffensperger el primer capítulo del libro. La tesis de fondo no es diferente a las palabras ya mencionadas de Bury: el Imperio Bizantino representaba la continuación directa del Imperio Romano. De esta forma:

La esencia del ideal bizantino es que Bizancio, como el último vestigio del Imperio Romano, ejercía una fuerza ideológica y cultural en los reinos de la Europa medieval mientras se estaban estableciendo a sí mismos y a sus dinastías, y estos reinos intentaban conectarse de alguna forma a Bizancio, y a través de Bizancio a Roma, para intensificar su propia legitimidad (p. 11-12).⁵

Entre los componentes de este ideal bizantino, del que los reinos europeos podían apropiarse,⁶ figuraban la titulación, las formas de gobierno, la ley, la acuñación de moneda, la sigilografía, y/o el arte.⁷ El primer capítulo, titulado justamente “The Byzantine Ideal”, pasa revista a las diversas instancias en que esta apropiación se habría dado, desde los reinos eslavos hasta los escandinavos e Islandia, pasando por los reinos europeos, e incluyendo al imperio de los otónidas, que habría realizado esta apropiación, sobre todo, a través de la mediación carolingia.

3 Raffensperger presentó una primera versión de estas ideas, aún sin una clara conceptualización, y con un tono más polémico, en un artículo publicado hace varios años: “Revisiting the Idea of the Byzantine Commonwealth”, *Byzantinische Forschungen*, Vol. 28, 2004, pp. 159-174.

4 No está de más notar que lo esencial de la crítica de Raffensperger se encuentra en germen en una reseña al libro de Obolensky realizada por Robert Browning en *The English Historical Review*, Vol. 87, No. 345, 1972, pp. 812-815, especialmente p. 814: “In fact, we know very little about Russo-Byzantine political relations during this period, but what we know suggests that the Russian principalities were at all times fully independent states, oriented as much towards central and western Europe —cf. the dynastic marriages of their princes— as towards Byzantium, in spite of the fact that the Russian church was subordinate to the Patriarchate of Constantinople. In other words the bonds between Byzantium and Russia were exclusively cultural, and not political”.

5 El autor ilustra esto excelentemente con una frase del bizantinista Donald Nicol: “El Imperio Bizantino no era, como los reinos o principados de la antigüedad, un fenómeno temporal que un día llegaría a su fin. Era un ‘reino previsto en el plan del Creador, anclado en la escatología cristiana, implicado orgánicamente en la secular historia de la humanidad y destinado a perdurar hasta la Segunda Venida” (p. 10, la cita interna que hace Nicol es a Franz Dölger).

6 Raffensperger utiliza asiduamente el término “apropiación”, que destaca el carácter activo del receptor de la cultura, antes que términos como “influencia” o “recepción”.

7 Se llega a destacar incluso la práctica del “cegamiento”, técnica de castigo asociada a Bizancio que en algunas circunstancias fue apropiada por otros reinos (pp. 26-27).

Al hacer esto, Raffensperger puede reubicar a Rus' en el contexto de la historia medieval, sacándola de una ubicación historiográfica que la veía como un simple apéndice de la historia bizantina. Lo que intenta lograr al mismo tiempo es redimensionar el papel de Bizancio, esto es, del Imperio Romano, durante la Alta Edad Media y la Edad Media Central. De esta forma, puede comprobarse que mientras es más conocido que los reyes “bárbaros” de la Antigüedad Tardía usualmente buscaban en el Imperio Romano la validación ideológica de su poder de facto, esta práctica no habría concluido con la pérdida de las provincias occidentales por parte de Constantinopla y la orientalización geográfica del Imperio. Al contrario, las diferentes apropiaciones del “ideal bizantino” por parte de los reinos medievales de los siglos X, XI y XII seguirían sirviendo a este propósito.

Con el mismo objetivo de reubicar a Rus' en la escena de los reinos medievales, Raffensperger intenta a continuación rastrear algunas de las formas en las que Rus' se relacionaba con el resto de los reinos europeos, y no solo con Bizancio, durante estas centurias, destacando el establecimiento de lazos matrimoniales, así como conexiones comerciales y religiosas. En los capítulos 2 y 3, “The Ties That Bind” y “Russian Dynastic Marriage”,⁸ se habla de la importancia de los lazos matrimoniales en la política medieval, y se demuestra la importancia de Rus' en el contexto internacional de la época, así como su participación en las redes de la política europea, a la vez que se recupera el rol activo de las mujeres en esta política. En un detallado trabajo de investigación, lo que intenta demostrarse es no la unicidad del programa de casamientos dinásticos ruso, sino su similitud con aquellos del resto de Europa, así como la importancia de Rus' en la escena internacional.

El capítulo 4, titulado “Kiev as a Center of European Trade”, es más corto que los anteriores. En palabras del autor: “Este capítulo no introduce nueva evidencia en el registro historiográfico, ni sintetiza la vasta y creciente producción académica sobre el comercio ruso. En su lugar, presenta un muestreo de información representativo desde una variedad de campos” (p. 115). El objetivo de este resumen es reforzar el argumento de que Rus' fue de hecho parte de Europa y de los sistemas europeos en este periodo de la Edad Media. Esta conexión se demuestra pasando revista a tres

8 La diferenciación entre “Russian” y “Russians”, presente en el libro de Raffensperger, no tiene un paralelo en español.

zonas de intercambio económico: la ruta de los varegos a los griegos, la ruta este-oeste desde el Imperio Germánico, y el comercio báltico.

El capítulo 5, de corte religioso, se titula “The Micro-Christendom of Rus’”. El concepto de “micro-cristiandad” está tomado de un conocido libro de Peter Brown: *The Rise of Western Christendom*,⁹ y ayuda a pensar la regionalización del cristianismo durante estos siglos, analizando por sí mismos aquellos territorios donde el cristianismo se desarrolló de manera particular, yendo más allá de una simple oposición entre un centro — sea un imperio, sea el papado— y una periferia.

En este capítulo, el autor resume en primer lugar diversos casos de micro-cristiandad, haciendo un énfasis particular en el caso búlgaro, basándose en la probable influencia que tuvo el caso de Bulgaria en la apropiación del cristianismo por parte de Rus’.¹⁰ El estudio de Bulgaria, y de su lucha por conseguir una independencia eclesiástica —entre la Iglesia franca, el Papado, y Bizancio— bajo la égida de Boris I, permitiría echar luz sobre el peor documentado caso de Rus’.¹¹ A continuación, intenta analizar el lugar de Rus’ en el cristianismo medieval. Por un lado, intenta escapar a la caracterización historiográfica de Kiev realizada a partir de la más tardía historia moscovita, y del conglomerado ideológico que pensó a Moscú como la tercera Roma —y que destacaba de esta manera sus lazos con Bizancio—. Por otro lado, intenta escapar a una visión que observe una temprana diferenciación entre Europa occidental y Europa oriental, división cuyo origen es discutible, aunque seguramente es más tardía que la época estudiada aquí —puesto que a pesar de la existencia de una creciente separación eclesiástica entre el Papado y Bizancio alrededor del cisma de 1054, esto no necesariamente se reflejaba en una división clara entre dos mundos, en la que entidades como Rus’ hubieran quedado exclusivamente de un lado—.¹² El capítulo concluye explorando las maneras en que una Iglesia propiamente rusa se diferenciaba de la bizantina, a través de

9 Brown, Peter: *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity, AD 200-1000*, 2° ed., Malden, MA., Blackwell, 2003.

10 Siguiendo especialmente a Thomsen, Francis: “The Bulgarian Contribution of the Reception of Byzantine Culture in Kievan Rus’: the Myths and the Enigma”, en *The Reception of Byzantine Culture in Mediaeval Russia*, Aldershot, Ashgate Variorum, 1999.

11 En el mismo sentido es también analizado el caso escandinavo, en las pp. 142-149.

12 Probablemente certera es la anotación que observa esta separación a partir del iluminismo, siguiendo a Wolff, Larry: *Inventing Eastern Europe: the Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford, Stanford University Press, 1994. Por supuesto, la división de Europa en dos bloques durante la segunda mitad del siglo XX supuso un reforzamiento de esta visión.

sus propios santos, sus lugares de culto, o una liturgia propia.

Es interesante el planteo de observar a Rus' como una micro-cristiandad, pues esta concepción permite estudiar diversas formas de cristianismo a partir de su propio desarrollo, más allá de pensarlas simplemente como derivaciones de un cristianismo central (lo que sería el caso si se analizan estas cristiandades siguiendo un modelo de centro-periferia). Sin embargo, debemos realizar dos acotaciones. Peter Brown utilizó este concepto, en la práctica, para hablar de algunas cristiandades occidentales del siglo VII, a partir de figuras como Wilfredo de York, Isidoro de Sevilla o Teodoro de Tarso, y no para una época más tardía, aunque Raffensperger sugiere que lo habría hecho para comprender mejor el cristianismo regional desarrollado con anterioridad a la reforma gregoriana del siglo XI, algo que no se desprende de la referencia citada.¹³ Por otra parte, es llamativo que utilice el concepto justamente para mejor comprender la relación de Rus' con los reinos medievales occidentales durante la época posterior a la reforma gregoriana, lo que estaría en contradicción con la forma en que comprende la teorización que atribuye a Brown. Más allá de este aspecto, a nuestro entender confuso, el desarrollo del planteo en la práctica es claro, y la utilización de un término como “micro-cristiandad” para analizar a Rus' (así como al resto de las cristiandades de la época) como una región que contenía un cristianismo con sus propias reglas y su propio desarrollo, es acertada, y francamente superior —por la forma en que da cuenta de los diversos procesos de recepción/apropiación del cristianismo— a otras conceptualizaciones, como aquellas vinculadas a un “centro” y una “periferia”.

El libro de Raffensperger termina siendo, de esta forma, una obra extraña. Concentrado en la Rus' de Kiev, el autor analiza diversas características de esta sociedad medieval, intentando demostrar los lazos que la unían con el resto de los reinos europeos, y no solo con Bizancio. A la vez, demuestra la profunda influencia ejercida por Bizancio entre el resto de los reinos europeos medievales, y no solo en Rus' o en aquellos territorios investigados —mayoritariamente eslavos— en la obra mencionada de Obolensky.¹⁴ Este doble movimiento produce que las derivas de la tesis de

13 Raffensperger cita la página 359 del libro de Peter Brown, op. cit. en la que nada se dice al respecto (p. 136).

14 La decisión de otorgar a Bizancio un lugar predominante dentro de este mundo medieval es por otra parte una buena manera de solucionar el tradicional problema de la relación de Bizancio con las sociedades de Europa occidental. Entre una perspectiva comparativa que buscaría los elementos comunes y asimilables entre el Imperio Bizantino y las sociedades medievales occidentales, y aquella perspectiva que vería a Bizancio como una sociedad

Raffensperger sean mucho mayores que su objeto de estudio, alcanzando tanto los límites occidentales de Europa como el bizantinismo, y provocando el título del libro, que ilustra su propuesta: reimaginar Europa. En última instancia, es un intento por volver a unir un mundo continuo que la historiografía académica de los siglos XIX y XX, con la conformación de disciplinas divergentes —bizantinismo, medievalismo, y también eslavismo—, ha separado, marcando un camino que puede o no ser correcto, pero en el que aún hay mucho por recorrer.

excepcional y ubicada fuera de este universo medieval, una propuesta como la de Raffensperger otorgaría a Bizancio un lugar diferenciado, con características complejas y propias, pero a la vez dentro de un mundo compartido con el medioevo occidental. En relación a este tema, pueden encontrarse interesantes reflexiones historiográficas en un artículo de Warren Treadgold, publicado con anterioridad al libro comentado: "Byzantine Exceptionalism and Some Recent Books on Byzantium", *Historically Speaking*, Vol. 11, No. 5, 2010, pp. 16-19. También en relación a este problema, puede verse un análisis del lugar que ocupa el Imperio Bizantino en diversas obras historiográficas recientes en Cameron, Averil: "Thinking with Byzantium", *Transactions of the Royal Historical Society*, Vol. 21, 2011, pp. 39-57.